

MÉXICO: REPÚBLICA *SUI GENERIS*

QUÉ OPINAN LOS VIAJEROS ANGLOSAJONES EN LOS PRIMEROS AÑOS DE 1840

Begoña Arteta*

Con la separación de España en 1821, México inició un largo camino en la búsqueda de su consolidación nacional. El establecimiento de una república federal se impuso como forma de gobierno en 1824, después de enormes discusiones sobre si era mejor una república centralista o federada. Después del intento del Imperio de Agustín de Iturbide, la república parecía responder a las nuevas expectativas, que querían dejar atrás la tradición decadente de las monarquías, para situar al país en a vía de un desarrollo que lo llevara al concierto de las llamadas “naciones civilizadas”.

La república era la forma de gobierno más moderna, la que habían adoptado las colonias del norte al independizarse de Inglaterra, y su desarrollo y prosperidad eran evidentes. Se suponía que este sistema poseía en sí mismo la fórmula mágica para conducir al progreso al país que lo tuviera instaurado. México copia el sistema de gobierno de Norteamérica, pero estando muy lejos de los principios que conformaban al de ese país.

Los ideales estadounidenses estaban inspirados en la ética protestante y calvinista, y el éxito de la república dependía para

ellos de la calidad espiritual de su pueblo, como lo estaban demostrando con el progreso logrado en unos cuantos años. La política expansionista también se basa en esta ética y ha sido un elemento central de su cultura y de su programa político desde el siglo XIX, en lo que se ha conocido como el *Destino Manifiesto*. Esta expresión la utilizó por primera vez John L. Sullivan en un artículo sobre Texas, publicado en la *Democratic Review*, en el que defendía y justificaba la desmembración de México en nombre de ese “destino manifiesto” al que estaba abocado su país. El término resume bien la idea providencialista que convierte al pueblo norteamericano en el elegido para extender la llamada “área de la libertad”, y que le permite seguir considerando que tiene todavía que seguir cumpliendo con la misión de expandir sus instituciones y principios democráticos.

Este ambiente expansionista prevaleció en Estados Unidos durante 1830 y, sobre todo, en 1840, fue predominante en la política y la opinión pública norteamericana, como lo prueban los debates en el Congreso de Washington y el interés de la prensa del país. Esta idea permea hasta los ciudadanos, como podremos advertirlo en los comentarios de los viajeros que

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

visitaron México durante esos años, y cuya visión y comentarios constituyen el tema de este trabajo.

Estos viajeros son exponentes del pensamiento político y social que predominaba en Norteamérica, y al ser el expansionismo parte de su cultura e idiosincrasia, unifica los valores y criterios con los que ven “al otro”, al que convierten en objeto y materia de su espíritu misionero y progresista. La sociedad mexicana que, sin duda, era política, religiosa e ideológicamente distinta a la suya los asombra. Con diferentes matices, de sus juicios y opiniones se infieren justificaciones legales y morales para defender una anexión territorial e, inclusive, un enfrenamiento armado. Esta creencia mesiánica, que estaba ya presente en la usurpación de las tierras de los indios, avala el derecho a ocupar los territorios de los países que necesitan ser salvados, y apuntala, también, otra creencia: la de que su sistema político era el único que garantizaba el goce de la libertad y el progreso.

Bajo esta óptica, se puede entender el asombro, incluso, el desprecio e indignación sentida y manifestada por algunos de los viajeros anglosajones, que visitaron México en 1840, poco antes de la invasión norteamericana en 1847, al contemplar el desorden que caracterizaba a la política mexicana de la época. Desde su punto de vista, eran incalculables los defectos de la sociedad mexicana: la población era poco virtuosa, sus costumbres raras, de su gran variedad de razas no se salvaba ninguna, la religión, además de papista, era mal entendida, y para remate, su gobierno republicano no se parecía nada al de ellos.

Las opiniones aquí expresadas corresponden a cinco norteamericanos, tres de

ellos con cargos diplomáticos: Waddy Thompson quien desembarcó en Veracruz en abril de 1842 y residió en México hasta 1844, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del gobierno norteamericano; Brantz Mayer, llegó con el cargo de secretario de la legación norteamericana durante 1842; Albert Guillian fue nombrado cónsul en San Francisco, California en 1843, lugar al que nunca llegó dados los conflictos que se acentuaban cada día más entre ambas naciones; un periodista, George Wilkins Kendall quien participó en la expedición de 1841 que tenía como destino la ciudad de Santa Fe de Nuevo México para apoyar un movimiento independentista en ese territorio y su anexión a Texas, capturado por el ejército mexicano recorrió el país en calidad de prisionero hasta su liberación; Benjamín Norman, explorador y arqueólogo realizó un viaje por el río Pánuco en 1845, y un inglés George F. Ruxton, miembro de la Real Sociedad Geográfica y la Sociedad Etnológica, quien llega a México en 1846, un año antes de que estallara la guerra con los Estados Unidos.

Para los viajeros, la situación de México durante el periodo mencionado, es una evidencia clara del fracaso español en América, indisolublemente unido al aspecto ético-religioso que imprimió a sus colonias. A este respecto, Brantz Mayer dice: “Convertiase en norma de acción la lección de frivolidad y de corrupción que la vieja España (con su opresión e injusticia) enseñó a la colonia en donde el doblez fue elevado a la categoría de virtud”.¹

Si bien España había sido estigmatizada y atacada desde el siglo XVI por los países de la Reforma, y a ella se atribuía el origen

¹ Brantz Mayer, *México lo que fue y lo que es*, p. 456.

de todos los males que padecía México en el siglo XIX, a éste se le va a condenar ahora aún con mayor fuerza. Desde las premisas básicas de la religión calvinista, el progreso material logrado por un individuo era prueba evidente de su salvación; los signos externos de progreso constituían señales de elección brindadas por el designio divino, y estos axiomas se hacían extensivos a las naciones. Dada la situación caótica en que se debatía, México no mostraba más que signos claros de condenación.

No creemos necesario profundizar más en las raíces teológicas que sustentaban el pensamiento y la vida cotidiana del pueblo inglés y norteamericano. Como resumen, insistiremos en que, de acuerdo con el “destino manifiesto”, tenían la necesidad de mostrarse a sí mismos y a los demás como “escogidos”, que merecían esa distinción. Los que no poseían las virtudes para encajar en su esquema ético tenían pocas posibilidades de salvación.

Bajo este supuesto, ¿qué se podía esperar de un país, cuyo pueblo según Albert Guilliam, está formado en su gran mayoría por: “...estafadores, ladrones y asesinos incalificables?”.² Por lo menos, hay que darlo a conocer, como lo propone el mismo Guilliam: “Con vergüenza y remordimiento, pero la cristiandad y civilización del mundo ilustrado se ve obligada a denunciar al país como una nación de piratas”.³

Al comparar su situación con la inestabilidad política mexicana, el sentido político-religioso, inseparable de la conciencia *predestinatoria* calvinista, confirmaba su superioridad. Racial y moralmente se

erigen en los poseedores de los verdaderos principios republicanos y, en consecuencia, religiosos. Los mexicanos eran incapaces de sostener sus propias instituciones, lo que daba pie para justificar la suplantación de los hombres que ostentaban el poder por otros que apreciaran los principios de la democracia y que tuvieran, además, los valores necesarios para practicarla, al uso norteamericano, que había demostrado plenamente la eficacia del sistema.

La salvación de México dependía del cambio que sufrieran sus gentes; si éste no se producía, Ruxton justifica como única salida la posibilidad de una invasión o una anexión:

Poco me sorprende que el país se encuentre en tal estado. Nunca podrá progresar o llegar a civilizarse si la población actual no es suplantada por otra más enérgica. La forma de gobierno republicano no es la adecuada para la población mexicana, como lo prueban sus recurrentes revoluciones. Mientras la gente no sepa valorar los enormes principios de libertad civil y religiosa, las ventajas de las instituciones libres se vuelven contra ellos mismos... (para que estas verdades lleguen a todos) debe primero haberlas comprendido una minoría amplia; y en este caso, antes de que este requisito se logre, el país probablemente habrá pasado de la mano de sus actuales propietarios a las de una raza más enérgica y capaz.⁴

Para Brantz Mayer, diplomático norteamericano, era imprescindible una corriente migratoria de gente educada en los valores

² Albert Guilliam, *Travels in Mexico during the years 1843-44...*, p. 158.

³ *Ibid.*

⁴ George Ruxton, *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains*, p. 171.

proclamados por ellos, no simplemente para sacudir el país, sino para lograr una transformación como individuos y como nación. Mayer piensa en una emigración suave y paulatina, que:

...sin ningún trastorno violento de los gustos, simpatías o prejuicios de la raza antigua haga surgir una raza nueva, junto con una nación renovada y regenerada con el injerto de acodos y talentos extranjeros.⁵

La idea de regeneración está siempre presente; el mexicano por él mismo nunca podrá lograrlo. Para el diplomático, mientras la paz y la estabilidad políticas no se consolidaran, México seguiría siendo presa de las luchas intestinas, el desorden y la ignorancia; en todo caso, como dice Mayer:

La suerte de México debe interesar muchísimo al pueblo de los Estados Unidos. Si caen sobre aquél las bendiciones de ventura y felicidad que traen la paz y los frutos de ésta, nuestra adhesión y simpatía por la república hermana habrán de ser grandes y duraderas. Si sobreviene la anarquía y el desmembramiento de sus estados, tendremos un vecino peligroso y un vecino molesto. Si se intentara una ocupación extranjera sólo se pondría término a la guerra sangrienta que en tal caso sobrevendría expulsando al intruso y restableciendo el republicanismo en el continente.⁶

Aquí cabría preguntar, ¿Quién y cómo restablecería el republicanismo? La doctrina Monroe se hace evidente. Mayer resume en tres las posibilidades de relación

con Estados Unidos: que el país alcance un grado de desarrollo y civilización conveniente, que se convierta en un molesto y peligroso vecino, o que se haga necesaria la ocupación extranjera.

En el primer caso, si el país lograra desarrollarse, Estados Unidos lo vería con simpatía y lo podría tratar de igual a igual, entendiéndolo por esta igualdad el respeto que merecería como nación, ya que, con seguridad, representaría una fuerza política y económica con la que difícilmente podría entablarse una contienda abierta. En el segundo supuesto, Mayer como diplomático, no plantea una solución, pero sí advierte que de continuar la actual anarquía la vecindad representaría un peligro para Estados Unidos. La tercera posibilidad, el peligro de una ocupación extranjera, que Mayer radicaba en la intromisión de Inglaterra o en la repetición de la aventura francesa de 1838, justificaría la intervención norteamericana, ya que el milagro del “establecimiento del republicanismo” no se iba a dar por arte de magia, serían los norteamericanos los que salvarían a los intrusos e influirían en su destino.

Los viajeros parecen coincidir en el problema que supone establecer un gobierno liberal y democrático en un país donde la mayor parte de los habitantes son ignorantes. Simplemente, no pueden decidir quién y cómo, se les va a dirigir, pues no están preparados para ello. Existe una lucha de grupos por ocupar el poder, entre conservadores y liberales, son unos pocos los que lo controlan y el desacuerdo ideológico ha hecho que México esté enfrascado en constantes revueltas y cambios que no permiten su desarrollo político.

Nadie había hecho nada por mejorar las condiciones generales del pueblo, y la

⁵ Brants Mayer, *op. cit.*, p. 456.

⁶ *Ibid.*, p. 457.

independencia de España no había logrado cambiar la situación. Todos los viajeros, con mayor o menor énfasis, señalan como culpables a la iglesia y a una minoría privilegiada que, por conveniencia, lo mantenía en la ignorancia y la ignominia. Para Kendall, por ejemplo:

Las inmensas riquezas de México se encuentran en manos de unos cuantos, cuyo número se acerca al de los barones ingleses bajo el sistema feudal, y son dichas riquezas las que les confieren poder sobre los numerosos y abyectos pobres; nunca habrá un cambio a favor de las clases bajas hasta que no se efectúe una revolución completa y radical en la propia naturaleza de los habitantes o hasta que el país caiga en otras manos.⁷

Norman también encuentra en el carácter de los mexicanos el obstáculo mayor para el funcionamiento de una república:

El gobierno que se estableció en 1823 fue una república confederada, copiada, por lo demás, de la que rige en Estados Unidos. Como sistema de gobierno es el más adecuado para hacer feliz a la gente virtuosa e inteligente, pero no se puede adaptar a una comunidad compuesta, por un lado, de ociosos revoltosos, ambiciosos y sin escrúpulos y, por el otro de un populacho ignorante y fanático.⁸

La única solución para regenerar al país parece encontrarla en la llegada de una nueva raza, que aportase los principios morales necesarios para producir un cambio positivo.

⁷ George Kendall, *op. cit.*, p. 114, vol II.

⁸ B.B. Norman, *Rambles by land and water or notes of travel in Cuba and Mexico...*, p. 117.

El gobierno republicano de los Estados Unidos del Norte consolidaba los ideales de la Ilustración, y su población convencida de esto, sentía que daba ejemplo al mundo de lo que podía lograr en pocos años un pueblo compuesto de gente virtuosa y austera, virtudes surgidas de los principios calvinistas y que con el tiempo se convirtieron en principios nacionales secularizados. La república mexicana que ellos observaban, distorsionaba por completo el modelo republicano establecido en Norteamérica, los fundamentos éticos no eran los mismos. Lo que veían los viajeros en México se alejaba mucho de su concepto democrático de igualdad. La fastuosidad, riqueza y ostentación que exhibían el presidente, su gabinete y el clero, es decir los que ostentaban el poder, parecían más acordes con una elite aristocrática, que con el ideal republicano que para ellos era sinónimo de sencillez y austeridad.

A esta ostentación tan hispánica como poco anglosajona aluden todos los viajeros, por ser tan diferente a lo que estaban acostumbrados. Como ejemplo cito a Mayer quién después de describir la recepción del cuerpo diplomático a Santa Anna, explica:

Si he sido tan minucioso en repetiros los pormenores de esa ceremonia, no es porque crea que interesan al lector las reseñas de saludos y discursos oficiales, sino porque semejante escena se efectuó en una *Republica*, ante el presidente de una *República* y en un Palacio Nacional rodeado de soldadesca, entre redobles de tambores, sonar de trompetas y demás zarandajas propias de una corte.⁹

⁹ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 103.

Ceremonia que a continuación compara con lo que sucede en Estados Unidos:

Tales pormenores parecen extraños a quienes, entrando por una puerta que no guarda ningún portero, y sin necesidad de pasar entre filas de ceñudos centinelas, y sin pompas ni aparatos militares, llegan hasta el presidente de nuestro país, más afortunado, y lo encuentran sentado en su sencilla silla de recibo, junto a una chimenea acogedora, vestido con ropas decentes, pero modestas; listo para daros la mano sin ceremonias e invitaros a tomar asiento junto al fuego.¹⁰

En el párrafo anterior aparece sintetizada la mitología democrático-norteamericana; la misma oportunidad para todos, la república iguala a los hombres, cualquier ciudadano puede ocupar la silla presidencial, y además por lo visto, cualquier ciudadano, según Mayer, con sólo tocar la puerta podía entrevistarse con el presidente y sentarse con él al lado de la chimenea.

A todos les parece una burla antirrepublicana el fasto y lujo con el que se exhiben los presidentes mexicanos. Estas exhibiciones contradecían el verdadero sentido de una república, lo que las hace más increíbles y criticables, de aquí que Guilliam añada:

Yo creía que en el siglo diecinueve, los republicanos de todo el continente americano habían hecho a un lado y desdenado el oropel propio de la ostentación monárquica y aristocrática, para basar su noble fuerza exclusivamente en la pureza de sus principios constitucionales y su devoción al progreso del país.¹¹

¹⁰ *Loc. cit.*

¹¹ Albert Gulliam, *op. cit.*, p. 100.

Para los norteamericanos las ceremonias y manifestaciones descritas no tienen cabida en un régimen republicano. Todos los viajeros comentan sobre los uniformes de gala, las joyas, el protocolo y los gastos; un boato de origen monárquico que España dejó como herencia a los mexicanos.

Sin una auténtica república democrática el país no podía progresar; el ejército y el clero compartían el poder y el resto de la población no hacía nada por cambiar esta situación, impedida como estaba por los que la dominaban, que obstaculizaban su progreso para ser ellos los únicos privilegiados. Mayer a este respecto, dice:

Así pues, entre el ejército y la iglesia (aquél por el poder directo de la autoridad y de la fuerza, y ésta con sus no menos terribles armas espirituales) tienen a la nación sujeta exclusivamente a dos influjos, siendo la masa del pueblo demasiado ignorante y desunida, y la gente rica y educada demasiado indolente y pacífica para intervenir a favor del progreso de la democracia en el país. Esta doble dominación se lo recuerda a uno en el incesante redoble de tambores y tañer de campanas, que de la mañana hasta la media noche le están a uno moliendo las orejas, y que apagan el ruido de la industria y el trabajo.¹²

William Thompson llegó a México en 1842, cuando el Congreso discutía una nueva Constitución, a cuyas sesiones acude. Los debates opina:

...eran suficientemente inteligentes, pero mencionaban mucho a Grecia y a Roma; tal vez el ejemplo de estos países estaba

¹² Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 446.

más acorde con sus gustos y propósitos, que el de otros más modernos y libres.¹³

Sin embargo, estas sesiones que, a juicio del autor, hubieran llevado a la expedición de una constitución federal, no concluyen ya que el congreso, cuya mayoría era liberal, fue disuelto por el enfrentamiento entre ellos y los conservadores. En su lugar se nombró una junta de personas notables, que expidió las “Bases Orgánicas”, en 1843. Santa Anna se retiró a su hacienda veracruzana y el general Bravo quedó como presidente interino, y de nuevo estallaron pronunciamientos en todo el país. Sobre la clausura de las sesiones del Congreso, Thompson comenta:

El hecho fue celebrado con gran desfile militar por las calles de México. La verdad, nunca he visto algo tan repugnante ni que me haya desalentado tanto acerca del futuro destino de México. El desfile pasó frente a mi puerta, y no puedo expresar el sentimiento que me produjo ver a esa soldadesca ignorante y envilecida, encabezada por unos oficiales, tan ignorantes como sus subalternos, de los auténticos principios de un gobierno ideado para asegurar las libertades del pueblo, y que por eso podían celebrar el triunfo de la fuerza bruta sobre el deseo del pueblo honradamente expresado.¹⁴

Los extranjeros que escribieron sus memorias sobre México coinciden en la apreciación de lo poco que se puede esperar del país; éste no daba pruebas de mejorar su situación y nada de lo que percibían y describieron coincidía con los valores proclamados por la República del Norte.

¹³ Wady Thompson, *Recollectios of Mexico*, p. 179.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 179-180.

La necesidad de “regeneración” era urgente y ésta requería la presencia de otra raza más virtuosa. Para los viajeros estudiados, la solución sería que México abriera las puertas a la inmigración extranjera, movimiento que plantean como gradual y pacífico, aunque conocían bien el interés que Estados Unidos tenía sobre el país y no les era ajeno el movimiento texano de independencia y anexión; procedimiento de incorporación en el que entrevén la mejor solución, aunque no lo manifiesten abiertamente en sus escritos.

Lo que sí quedaba claro es que México necesitaba sacudirse de las ataduras hispánicas y hacer “buen uso” de su libertad. Mientras el mexicano no se reeducara en los verdaderos principios republicanos, a los que avalaba la grandeza y el progreso logrados en Estados Unidos, su inestabilidad política justificaba una invasión armada de cualquier potencia, que actuara en nombre de los ideales republicanos.

Mediante la técnica de comparación utilizada para transmitir sus impresiones y opiniones, seguramente los viajeros anglosajones citados en este trabajo aportaron argumentos que ayudaron a justificar el proyecto expansionista de Estados Unidos. Como tampoco cabe duda de que, al referirse a México y explicar sus instituciones y su gente a la luz de sus propios valores, prejuiciaban y denigraban lo ajeno, y al exaltar lo propio apoyaban la idea mesiánica, la misión de regeneración y el destino manifiesto que tenían asignado como país.

El convencimiento de estar actuando conforme a dicho “destino” y a favor de la libertad y la democracia, los absuelve de cualquier juicio moral, eleva su doctrina a principio único y universal, e indirectamente salvaguarda sus intereses

económicos, a los que disfrazan con todo ese oropel para disimular la búsqueda de su propio beneficio.

Tanto individualmente como a nivel de nación, la herencia puritana norteamericana rechazaba entonces, como lo sigue haciendo hoy, todavía, todo sistema que no respondiera y se adecuara a los valores que ella proclamaba. Esto explica esa aproximación a la cultura y al pueblo mexicano que, en ningún momento, intenta comprender el origen de las diferencias entre ambas naciones y sus habitantes, y que se limita a confirmar todos los prejuicios culturales y raciales puestos en boga, años atrás, por el antagonismo entre el proyecto de colonización inglés y el español.

El norteamericano de origen anglosajón, protestante y republicano, que incluso hoy en día necesita pensar que su intervencionismo es para salvar al mundo, seguramente encontró en las obras de los viajeros la justificación de una misión regeneradora ante un país que no manifestaba signo alguno de “salvación”, dada su inestabilidad política, nulo progreso, inexistente productividad y ahorro; y cuya iglesia, además, estaba tan degradada que no podía sustentar y menos dar ejemplo de valores.

Para los Estados Unidos actualmente el enemigo es otro –enemigo que ha ido variando en diferentes épocas–, pero la lucha por la hegemonía mundial no parece haberlos hecho olvidar el antiguo programa político de expansión territorial y política, aunque los argumentos y las técnicas sean distintos. La obligación que sienten de asumir el papel protagónico de salvador y las cargas que la predestinación pone sobre sus hombros siguen presentes en la opinión pública, salvo contadas

y honrosas excepciones. Para salvaguardar el área de influencia y dominio que se adjudicaron desde el siglo pasado, de cuyos recursos se benefician mediante el control político y económico, siguen sojuzgando y avasallando en nombre de la “libertad y la democracia”■

BIBLIOGRAFÍA

- Guilliam, Albert. *Travels in Mexico, during the years 1843-44; including a description of California, the principal cities and mining districts of that republic, the Oregon Territory, etc.* Aberdeen, Publisher by George Clark and Son. Ipswich, J.M. Burton, 1847.
- Kendall, George Wilkins. *Narrative of the Texas Santa fe Expedition. Comprising a description of a tour through Texas and across the great southwestern praires, the comanche and caygüa hunting grounds, with and account of the sufferings from want of food, looses from hostile indias and capture of the Texans and their march, as prisoners, to the city of Mexico.* 7a. ed. New Cork, Harper Brothers Publishers, Franklin Squere, 1856. II vol.
- Mayer, Brantz. *México lo que fue y lo que es.* Trad. Francisco A. Delpiane. Pról. y notas de Juan A. Ortega y Medina. México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- Norman, B.B. *Rambles by land and water or notes of travel in Cuba and Mexico; including a canoe voyage in the River Panuco and research among the ruins of Tamaulipas etc.* New York, Pblished by Paine Burgess, New Orleans, BB Norman, 1945.

Ortega y Medina, Juan A. *México en la conciencia anglosajona* I. México, Porrúa y Obregón. S.A., 1953.

———. *México en la conciencia anglosajona* II. México, Antigua Librería Robredo, 1955.

———. *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y su raíz teológica*. México, Sep-Setentas, 1972.

———. "Fundamentos doctrinales del Manifest Destiny". *Anglia*. Anuario Estudios Angloamericanos 5. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pp. 11-51.

Ruxton, George. *Adventures in Mexico and the Rocky Mountains*. London, Jhon Murray, Albermarle Street, 1847.

Thompson, Waddy. *Recolections of Mexico*. New York-London, Wiley and Putman, 1846.